

ANTOLOGÍA DE TEXTOS

CURSO 2011-2012

4º ESO

IES CANTELY

DEPARTAMENTO DE LENGUA

PEDRO SALINAS (1891-1951)

¡Si me llamas, sí;
si me llamas!

Lo dejaría todo,
todo lo tiraría:
los precios, los catálogos,
el azul del océano en los mapas,
los días y sus noches,
los telegramas viejos
y un amor.
Tú, que no eres mi amor,
¡si me llamas!
Y aún espero tu voz:
telescopios abajo,
desde la estrella,
por espejos, por túneles,
por los años bisiestos
puede venir. No sé por dónde.
Desde el prodigio, siempre.
Porque si tú me llamas
«¡si me llamas, sí, si me llamas!»
será desde un milagro,
incógnito, sin verlo.
Nunca desde los labios que te beso,
nunca
desde la voz que dice: «No te vayas».

JORGE GUILLÉN (1893 – 1984)

LAS DOCE EN EL RELOJ

Dije: Todo ya pleno.
Un álamo vibró.
Las hojas plateadas
Sonaron con amor.
Los verdes eran grises,
El amor era sol.
Entonces, mediodía,
Un pájaro sumió
Su cantar en el viento
Con tal adoración
Que se sintió cantada
Bajo el viento la flor
Crecida entre las mieses,
Más altas. Era yo,
Centro en aquel instante
De tanto alrededor,
Quien lo veía todo
Completo para un dios.
Dije: Todo, completo.
¡Las doce en el reloj!

(Cántico)

GERARDO DIEGO (1896 – 1987)

EL CIPRÉS DE SILOS

A Ángel del Río

Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño,
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi señero, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,

como tú, negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.

(Versos humanos)

VICENTE ALEIXANDRE (1898 – 1984)

UNIDAD EN ELLA

Cuerpo feliz que fluye entre mis manos,
rostro amado donde contemplo el mundo,
donde graciosos pájaros se copian fugitivos,
volando a la región donde nada se olvida.
Tu forma externa, diamante o rubí duro,
brillo de un sol que entre mis manos deslumbra,
cráter que me convoca con su música íntima, con esa
indescifrable llamada de tus dientes.
Muerdo porque me arrojó, porque quiero morir,
porque quiero vivir en el fuego, porque este aire de fuera
no es mío, sino el caliente aliento
que si me acerco quema y dora mis labios desde un fondo.
Deja, deja que mire, teñido del amor,
enrojecido el rostro por tu purpúrea vida,
deja que mire el hondo clamor de tus entrañas
donde muerdo y renuncio a vivir para siempre.
Quiero amor o la muerte, quiero morir del todo,
quiero ser tú, tu sangre, esa lava rugiente
que regando encerrada bellos miembros extremos
siente así los hermosos límites de la vida.
Este beso en tus labios como una lenta espina,
como un mar que voló hecho un espejo,
como el brillo de un ala,
es todavía unas manos, un repasar de tu crujiente pelo,
un crepitar de la luz vengadora,
luz o espada mortal que sobre mi cuello amenaza,
pero que nunca podrá destruir la unidad de este mundo
LUIS CERNUDA (1902 – 1963)

Te quiero.

Te lo he dicho con el viento,
jugueteando como animalillo en la arena
o iracundo como órgano impetuoso;
Te lo he dicho con el sol,
que dora desnudos cuerpos juveniles
y sonríe en todas las cosas inocentes;
Te lo he dicho con las nubes,
frentes melancólicas que sostienen el cielo,
tristezas fugitivas;
Te lo he dicho con las plantas,
leves criaturas transparentes
que se cubren de rubor repentino;
Te lo he dicho con el agua,
vida luminosa que vela un fondo de sombra;
te lo he dicho con el miedo,
te lo he dicho con la alegría,
con el hastío, con las terribles palabras.
Pero así no me basta:
más allá de la vida,
quiero decírtelo con la muerte;
más allá del amor,
quiero decírtelo con el olvido.

(Los placeres prohibidos)

FEDERICO GARCÍA LORCA (1898 – 1936)

BALADILLA DE LOS TRES RÍOS

A Salvador Quintero

El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos.
Los dos ríos de Granada
bajan de la nieve al trigo.

*¡Ay, amor
que se fue y no vino!*

El río Guadalquivir
tiene las barbas granates.
Los dos ríos de Granada
uno llanto y otro sangre.

*¡Ay, amor
que se fue por el aire!*

Para los barcos de vela,
Sevilla tiene un camino;
por el agua de Granada
sólo reman los suspiros.

*¡Ay, amor
que se fue y no vino!*

Guadalquivir, alta torre
y viento en los naranjales.
Dauro y Genil, torrecillas

muertas sobre los estanques,

*¡Ay, amor
que se fue por el aire!
¡Quién dirá que el agua lleva
un fuego fatuo de gritos!*

*¡Ay, amor
que se fue y no vino!*

Lleva azahar, lleva olivas,
Andalucía, a tus mares.
*¡Ay, amor
que se fue por el aire!*

(Poema del cante jondo)

RAFAEL ALBERTI (1902 – 1999)

Se equivocó la paloma,
se equivocaba.

Por ir al norte, fue al sur.
Creyó que el trigo era agua.
Se equivocaba.

Creyó que el mar era el cielo;
que la noche, la mañana.
Se equivocaba.

Que las estrellas rocío;
que la calor, la nevada.
Se equivocaba.

Que tu falda era tu blusa;
que tu corazón, su casa.
Se equivocaba.

(Ella se durmió en la orilla.
Tú, en la cumbre de una rama.)

(Entre el clavel y la espada)

LEÓN FELIPE (1884 – 1968)

ROMERO SÓLO...

Ser en la vida romero,
romero sólo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero, romero..., sólo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
ligero, siempre ligero.
Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos
para que nunca recemos
como el sacristán los rezos,
ni como el cómico viejo
digamos los versos.
La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto en los dedos,
decía el príncipe Hamlet, viendo
cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo
un sepulturero.
No sabiendo los oficios los haremos con respeto.
Para enterrar a los muertos
como debemos
cualquiera sirve, cualquiera... menos un sepulturero.
Un día todos sabemos
hacer justicia. Tan bien como el rey hebreo
la hizo Sancho el escudero
y el villano Pedro Crespo.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.
Pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,

ligero, siempre ligero.

Sensibles a todo viento
y bajo todos los cielos,
poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.

MIGUEL HERNÁNDEZ (1910 – 1942)

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.
Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.
Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

CANCIÓN ÚLTIMA

Pintada está mi casa

del color de las grandes
pasiones y desgracias.
Regresará del llanto
adonde fue llevada
con su desierta mesa
con su ruidosa cama.

Florecerán los besos
sobre las almohadas.
Y en torno de los cuerpos
elevará la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua
detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

(El hombre acecha)

DÁMASO ALONSO (1898 – 1990)

PALINODIA: DETRÁS DE LO GRIS

Ah, yo quiero vivir
dentro del orden general
de tu mundo.
Necesito vivir entre los hombres.
Veo un árbol: sus brazos ya en angustia
o ya en delicia lánguida
proclaman su verdad:
su alma de árbol se expresa,
irreductiblemente única.
Pero el hombre que pasa junto a mí
el hombre moderno
con sus radios, con sus quinielas, con sus películas sonoras
con sus automóviles de suntuosa hojalata
o con sus tristes vitaminas,
mudo tras su etiqueta que dice «comunismo» o «democracia» dice,
con apagados ojos y un alma de ceniza
¿que es?, ¿quién es?
¿Es una mancha gris, un monstruo gris?
Monstruo gris, gris profundo,
profundamente oculta sus amores, sus odios,
gris en su casa,
gris en su juego,
en su trabajo, gris,
hombre gris, de gris alma.
Yo quiero, necesito,
mirarle allá a la hondura de los ojos, conocerle,
arrancarle su careta de cemento,

buscarle por detrás de sus tristes rutinas.
Por debajo de sus fórmulas de lorito
real (¡Pase usted! ¡Tanto gusto!),
aventarle sus tumbas de ceniza
huracanalre su cloroformo diario.
Un día llegará en que lo gris se rompa,
y tus bandos resuenen arcangélicos,
oh gran Dios.
Dime, Dios mío, que tu amor refulge
detrás de la ceniza.
Dame ojos que penetren tras lo gris
la verdad de las almas,
la hermosa desnudez de tu imagen:
el hombre.

(Hombre y Dios)

GABRIEL CELAYA (1911 – 1991)

ESPAÑA EN MARCHA

Nosotros somos quien somos.
¡Basta de Historia y de cuentos!
¡Allá los muertos! Que entierren como Dios manda a sus muertos.
Ni vivimos del pasado,
ni damos cuerda al recuerdo.
Somos, turbia y fresca, un agua que atropella sus comienzos.
Somos el ser que se crece.
Somos un río derecho.
Somos el golpe temible de un corazón no resuelto.
Somos bárbaros, sencillos.
Somos a muerte lo ibero
que aún nunca logró mostrarse puro, entero y verdadero.
De cuanto fue nos nutrimos,
transformándonos crecemos
y así somos quienes somos golpe a golpe y muerto a muerto.
¡A la calle! que ya es hora
de pasearnos a cuerpo
y mostrar que, pues vivimos, anunciamos algo nuevo.
No reniego de mi origen
pero digo que seremos
mucho más que lo sabido, los factores de un comienzo.
Españoles con futuro
y españoles que, por serlo,
aunque encarnan lo pasado no pueden darlo por bueno.
Recuerdo nuestros errores
con mala saña y buen viento.
Ira y luz, padre de España, vuelvo a arrancarte del sueño.
Vuelvo a decirte quién eres.
Vuelvo a pensarte, suspenso.

Vuelvo a luchar como importa y a empezar por lo que empiezo.
No quiero justificarte
como haría un leguleyo,
Quisiera ser un poeta y escribir tu primer verso.
España mía, combate
que atormentas mis adentros,
para salvarme y salvarte, con amor te delecto.

(Cantos iberos)

BLAS DE OTERO (1916 – 1979)

EN EL PRINCIPIO

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.

Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.

Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

(Pido la paz y la palabra)

PIDO LA PAZ Y LA PALABRA

Escribo
en defensa del reino

del hombre y su justicia. Pido

la paz

y la palabra. He dicho

«silencio»,

«sombra»,

«vacío»

etcétera.

Digo

«del hombre y su justicia»,

«océano pacífico»,

lo que me dejan.

Pido

la paz y la palabra.

(Pido la paz y la palabra)

CLARA JANÉS (1940)

CUANDO EN MÍ TE DESPLIEGAS COMO AVE

Quando en mí te despliegas como ave
Y abarcas hasta mis cabellos,
¿cómo puedo ser aire,
nube de pronto,
de pronto lluvia
y torrente
y derribarte?
¿Cómo desvanecerme
cuando después clarea?.

CIENCIA NATURAL

Sabia es la piedra
que a merced de los vientos se conoce
y no ignora su destino de arena.
Espera a desmembrarse ya en desierto
y por fuerza amorosa
arrancar a las aguas
la condición de rosa.

LA ABANDONADA

En la zanja del alba
Una vez más palidece la luna
El amado en el pozo
Se ha perdido
hace días.
Me desposa un anillo de silencio.

JOSÉ HIERRO (1922 – 2002)

Con las piedras, con el viento
hablo de mi reino.

Mi reino vivirá mientras
estén verdes mis recuerdos.
Cómo se pueden venir
nuestras murallas al suelo.
Cómo se puede no hablar
de todo aquello.
El viento no escucha. No
escuchan las piedras, pero
hay que hablar, comunicar,
con las piedras, con el viento.
Hay que no sentirse solo.
Compañía presta el eco.
El atormentado grita
su amargura en el desierto.
Hay que desendemoniarse,
liberarse de su peso.
Quien no responde, parece
que nos entiende,
como las piedras o el viento.
Se exprime así el alma. Así
se libra de su veneno.
Descansa, comunicando
con las piedras, con el viento.

(Con las piedras, con el viento)

ÁNGEL GONZÁLEZ (1925 – 2008)

BOSQUE

Cruzas por el crepúsculo.
El aire
tienes que separarlo casi con las manos
de tan denso, de tan impenetrable.

Andas. No dejan huellas
tus pies. Cientos de árboles
contienen el aliento sobre tu
cabeza. Un pájaro no sabe
que estás allí, y lanza su silbido
largo al otro lado del paisaje.

El mundo cambia de color: es como el eco
del mundo. Eco distante
que tú estremeces, traspasando
las últimas fronteras de la tarde.

(Áspero mundo)

EL OTOÑO SE ACERCA

El otoño se acerca con muy poco ruido:
apagadas cigarras, unos grillos apenas,
defienden el reducto
de un verano obstinado en perpetuarse,
cuya suntuosa cola aún brilla hacia el oeste.

Se diría que aquí no pasa nada,
pero un silencio súbito ilumina el prodigio:
ha pasado
un ángel
que se llamaba luz, o fuego, o vida.
Y lo perdimos para siempre.

(Otoños y otras luces)

ANTONIO COLINAS (1946)

FE DE VIDA

Esperar junto a este mar (en el que nacieron las ideas)
sin ninguna idea. (Y así tenerlas todas).

Ser sólo la brisa en la copa del pino grande,
el aroma del azahar, la noche de orquídeas
en las calas olvidadas.

Sólo permanecer viendo el ave que pasa
y no regresa; quedar
esperando a que el cielo amarillo
arda y se limpie de relámpagos
que llegarán saltando de una isla a otra isla.

O contemplar la nube blanca
que, no siendo nada, parece ser feliz.

Quedar flotando y transcurriendo de aquí para allá,
sobre las olas que pasan,
como un remo perdido.

O seguir, como los delfines,
la dirección de un tiempo sentenciado.

Ser como la hora de las barcas en las noches de enero,
que se adormecen entre narcisos y faros.

Dejadme, no con la luz del conocimiento
(que nació y se alzó de este mar),
sino simplemente con la luz de este mar.

O con sus muchas luces:
las de oro encendido y las de frío verdor.
o con la luz de todos los azules.

Pero, sobre todo, dejadme con la luz blanca,
que es la que abrasa y derrota a los hombres heridos,

a los días tensos, a las ideas como cuchillos.
Ser como olivo o estanque.
Que alguien me tenga en su mano como a un puñado de sal.
O de luz.

Cerrar los ojos en el silencio del aroma
para que el corazón —al fin— pueda ver.
Cerrar los ojos para que el amor crezca en mí.
Dejadme compartiendo el silencio
y la soledad de los porches,
la hospitalidad de las puertas abiertas; dejadme
con el plenilunio de los ruiseñores de junio,
que guardan el temblor del agua en las últimas fuentes.
Dejadme con la libertad que se pierde
En los labios de una mujer.

(Libro de la mansedumbre)

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO (1928 – 1999)

PALABRAS PARA JULIA

Tú no puedes volver atrás
porque la vida ya te empuja
como un aullido interminable.

Hija mía es mejor vivir
con la alegría de los hombres
que llorar ante el muro ciego.

Te sentirás acorralada
te sentirás perdida o sola
tal vez querrás no haber nacido.

Yo sé muy bien que te dirán
que la vida no tiene objeto
que es un asunto desgraciado.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

La vida es bella, ya verás
como a pesar de los pesares
tendrás amigos, tendrás amor.

Un hombre solo, una mujer
así tomados, de uno en uno
son como polvo, no son nada.

Pero yo cuando te hablo a ti
cuando te escribo estas palabras
pienso también en otra gente.

Tu destino está en los demás
tu futuro es tu propia vida
tu dignidad es la de todos.

Otros esperan que resistas
que les ayude tu alegría
tu canción entre sus canciones.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

Nunca te entregues ni te apartes
junto al camino, nunca digas
no puedo más y aquí me quedo.

La vida es bella, tú verás
como a pesar de los pesares
tendrás amor, tendrás amigos.

Por lo demás no hay elección
y este mundo tal como es
será todo tu patrimonio.

Perdóname no sé decirte
nada más pero tú comprende
que yo aún estoy en el camino.

Y siempre siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

JAIME GIL DE BIEDMA (1929 – 1990)

IDILIO EN EL CAFÉ

Ahora me pregunto si es que toda la vida
hemos estado aquí. Pongo, ahora mismo,
la mano ante los ojos —qué latido
de la sangre en los párpados— y el vello
inmenso se confunde, silencioso,
a la mirada. Pesan las pestañas.

No sé bien de qué hablo. ¿Quiénes son,
rostros vagos nadando como en un agua pálida,
éstos aquí sentados, con ojos vivientes?
La tarde nos empuja a ciertos bares
o entre cansados hombres en pijama.

Ven. Salgamos fuera. La noche. Queda espacio
arriba, más arriba, mucho más que las luces
que iluminan a ráfagas tus ojos agrandados.
Queda también silencio entre nosotros,
silencio
y este beso igual que un largo túnel.

(Compañeros de viaje)

JOSÉ ÁNGEL VALENTE (1929 – 2000)

SOLO EL AMOR

Cuando el amor es gesto del amor y queda
vacío un signo solo.

Cuando está el leño en el hogar,
mas no la llama viva.

Cuando es el rito más que el hombre.

Cuando acaso empezamos
a repetir palabras que no pueden
conjurar lo perdido.

Cuando tú y yo estamos frente a frente
y una extensión desierta nos separa.

Cuando la noche cae.

Cuando nos damos
desesperadamente a la esperanza
de que solo el amor
abra tus labios a la luz del día.

(Punto cero)

CLAUDIO RODRÍGUEZ (1934 – 1999)

UN VIENTO

Dejad que el viento me traspase el cuerpo
y lo ilumine. Viento sur, salino,
muy soleado y muy recién lavado
de intimidad y redención, y de
impaciencia. Entra, entra en mi lumbre,

ábreme ese camino
nunca sabido: el de la claridad.
Suenan con sed de espacio,
viento de junio, tan intenso y libre
que la respiración, que ahora es deseo
me salve. Ven
conocimiento mío, a través de
tanta materia deslumbrada por tu honda
gracia.
Cuán a fondo me asaltas y me enseñas
a vivir, a olvidar,
tú, con tu clara música.
Y cómo alzas mi vida
muy silenciosamente,
muy de mañana y amorosamente
con esa puerta luminosa y cierta
que se me abre serena
porque contigo no me importa nunca
que algo me nuble el alma.

GLORIA FUERTES (1917 – 1998)

ISLA IGNORADA

Soy como esa isla que ignorada,
late acunada por árboles jugosos,
en el centro de un mar
que no me entiende,
rodeada de nada,
—sola sólo—.

Hay aves en mi isla relucientes,
y pintadas por ángeles pintores,
hay fieras que me miran dulcemente,
y venenosas flores.
Hay arroyos poetas
y voces interiores
de volcanes dormidos.
Quizá haya algún tesoro
muy dentro de mi entraña.
¡Quién sabe si yo tengo
diamante en mi montaña,
o tan sólo un pequeño
pedazo de carbón!
Los árboles del bosque de mi isla,
sois vosotros mis versos.
¡Qué bien sonáis a veces
si el gran músico viento
os toca cuando viene el mar que me rodea!
A esta isla que soy, si alguien llega,
que se encuentre con algo es mi deseo;
—manantiales de versos encendidos
y cascadas de paz es lo que tengo—.
Un nombre que me sube por el alma
y no quiere que lllore mis secretos;
y soy tierra feliz —que tengo el arte
de ser dichosa y pobre al mismo tiempo—.
Para mí es un placer ser ignorada,
isla ignorada del océano eterno.
En el centro del mundo sin un libro
sé todo, porque vino un mensajero
y me dejó una cruz para la vida

—para la muerte me dejó un misterio.

(Isla ignorada)

Casa tomada

Julio Cortázar

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos al mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y como nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegábamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por nuestros bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte

de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé porque tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina. Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pullover está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor para preguntarle a Irene que pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la

cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancela y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y mas allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tire contra la pared antes

de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

-Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado parte del fondo. Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

-¿Estás seguro?

Asentí.

-Entonces -dijo recogiendo las agujas- tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que me tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

-No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo

preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resultaba molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papa, y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene que era más cómodo. A veces Irene decía:

-Fíjate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadradito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que

quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiados ruidos de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpieran en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamé la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

-Han tomado esta parte -dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancela y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

-¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? -le pregunté inútilmente.

-No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

Sopa

Luis Mateo Díez

Durante seis años estuve comiendo en el mismo restaurante. Uno de esos establecimientos económicos donde la perseverancia sólo es recompensada por la comodidad de no tener que andar decidiendo cada día dónde cumple uno ese trámite imprescindible. Hay estómagos que no buscan especiales compensaciones y el mío es uno de ellos.

Durante esos seis años comí todos los días de primer plato una sopa de la casa, amarillenta y confusa, en la que navegaban desconfiados algunos fideos.

El día que cerró aquel establecimiento, en el que yo con otra media docena de habituales festejé la melancólica despedida sorbiendo la última sopa, comiendo el último bistec y agradeciendo el brindis lloroso del dueño con un champán de ínfima marca, una extraña pena dominó mi ánimo.

Nunca había sentido en mis solitarias colaciones ninguna solidaridad con los otros habituales del Cifuentes, ni con su dueño, ni con los camareros, ni con Rosina, la cocinera, a quien vi por primera vez el día del cierre sosteniendo trémula su copa de burbujas.

Los dos años siguientes fueron devastadores para mi estómago y para mi equilibrio emocional, pues comprobé que entre uno y otro había una extraña correspondencia. Deambulé por los más variados restaurantes buscando un alivio o una recompensa que no lograba determinar. Mi vida iba a la deriva y el recuerdo de la sopa del Cifuentes era algo que me afectaba como una frustración que llegó a invadir mis sueños.

Hasta que un día en una lejana casa de comidas del extrarradio, cuando ya me habían expulsado de la empresa y llevaba una existencia depauperada y enferma, reencontré la vieja sopa, amarillenta y confusa.

Rosina es hoy mi mujer y yo he vuelto a recuperar el equilibrio y el aprecio de mi modesta condición.

Los males menores

Las llamadas perdidas

Manuel Rivas

La madre lanzaba de vez en cuando miradas de reproche que no inmutaban a nadie, como balas de fogueo. El padre las esquivaba parapetado detrás de las cartas o encogiéndose de hombros. Y el chaval se había hecho invisible entre la bruma de tabaco que invadía la sala y que se acampanaba en nube densa sobre la ciénaga de la mesa. En camiseta, sudorosos, como una cuadrilla de soldados cansados, pero tercos, el padre y sus amigos encaminaban la partida de tute hacia el alba. Uno de ellos, el que llamaban Curtis, agitó el tronco seco de una botella de whisky. La inclinó y todos esperaron la última gota como una prueba de la que dependiese el orden del universo. Curtis, lo sabían de otras noches, era un hombre imprevisible. Lo que prestaba ahora, dijo chasqueando la lengua, era algo de comer.

Habían cenado horas antes. Los platos todavía estaban apilados en el lavabo de la cocina. ¡No hay nada que rascar!, exclamó la madre, como si tratara con prófugos. Algo habrá, dijo Curtis. Siempre hay algo. Y luego preguntó, señalando la pecera: ¿Cómo se llama ese pez, chaval? Dragón Dorado, respondió el crío con pánico. El padre encontró un bote de aceitunas en la alacena.

La carne más rica es la de la iguana, dijo de pronto Curtis. Sin duda alguna. Pero lo más raro que comí fue la piraña grande, el capaburros. Hay que freírla en la manteca de sus tripas, como hacen los indios del Orinoco.

Dejaron la baraja a un lado y hablaron de comida. La madre se había puesto a fregar el suelo bajo la mesa, para echarlos. Pero eran gente bregada. Y todos habían probado cosas muy extrañas. Desde hostias a granel a guiso de caimán. El único que permanecía en silencio era Lens. Era también el único que no estaba descamisado. Siempre vestía como un dandy. ¿Y tú, Lens? ¿Qué fue lo más raro que te comiste? Era tardo en hablar. Por fin, escupió dos huesos de aceituna en la palma de la mano y los mostró como un tosco jeroglífico. Entonces, ¿es cierto eso que cuentan?, preguntó Curtis. No tuve más remedio, dijo Lens. Nos habíamos encariñado. Yo y aquella chica rumana del club. Y un cabrón le cortó de un tajo un dedo del pie. La marcó como a una esclava. Lens cerró el puño. Esto, sentenció, que no salga de aquí. Pero, ¿qué pasó?, preguntó el chaval. Nada. Que se comió un par de huevos, dijo Curtis desperezándose.

El alba asomaba.

Una historia de amor

Manuel Vicent

En la cárcel de Carabanchel, cerca de la zona social de los locutorios, antes de llegar a las galerías, hay un cuarto con los bancos de madera, que es un nido de amor. Allí algunos presos sin permiso de salida aunque de conducta intachable, pueden establecer una vez al mes un contacto íntimo con la mujer legítima según las normas precisas del reglamento penitenciario. No es un lugar muy confortable. La habitación tiene una bombilla polvorienta en el techo, las paredes mugrientas y basura en los rincones. La falta de ventilación ha acumulado en el aire un espeso hedor a besugo podrido, que en realidad es un extracto de placer en estado de condensación. Este nido participa de la cochambre general de la casa, pero los presos sólo cuentan con eso para navegar en pareja hacia los mares del Sur. A pesar de todo, allí se han realizado muy bellas historias de amor.

Primero él tuvo que dejar la costumbre de cortarse las venas o de tragarse un tenedor cada vez que recibía una carta de la novia con un beso de carmín estampado en el último pliego. Aquellos ardientes papeles siempre le hacían saltar por dentro un

mecanismo de destrucción. No solía arremete contra nadie que no fuera él mismo; eso era una ventaja y podía pasar largo tiempo barriendo la celda con una mansedumbre de lego. Sólo después de leer una carta de su novia se volvía un ser peligroso. Un golpe de sangre le inundaba el cráneo totalmente y entonces cogía el primer hierro de su entorno y se lo introducía en el cuerpo enamorado por el agujero que encontraba más a mano. Mientras el cirujano le abría en canal se cruzaban apuestas en la enfermería acerca de qué cosa contundente se habría comido esta vez, y bajo los efectos de la anestesia el galán oía voces confusas que hablaban de su hazaña.-Te lo dije. Se trata de una llave inglesa.

-No la veo.

-En el esófago.

-Ahora.

-Parece que este joven quiere mucho a la chica.

Hay pocos hombres capaces de llevar su pasión por una mujer al extremo de zamparse una llave inglesa. Muchos no se atreverían ni con un sacapuntas. Ante este caso de amor desesperado, un funcionario prometió al recluso Julián Requejo Gómez que si en adelante se portaba bien y abandonaba el hábito de engullir cucharillas, culos de botella y clavos roñosos un día no lejano podría estar a solas con su novia durante tres horas en ese cuarto de abajo. Hasta entonces la había visto en los ratos de visita a través del plástico amarillento del locutorio. Después de algunos

años de prisión conservaba en la memoria una imagen biselada de ella y al final la chica se había convertido en esa silueta esfumada al otro lado de la reja que le traía un salchichón cada semana y le contaba a gritos cosas de la fábrica, lances de la película del sábado, el viejo relato de aquella excursión a Chinchón, siempre la misma canción, la misma sonrisa húmeda y los besos volados al despedirse.

-Te escribiré mañana.

-Hazlo.

-Pero no te tragues nada.

-No.

-¿Lo juras?

Luego él se quedaba alelado contra los barrotes contemplando la grupa, las pantorrillas y el dibujo de su nuca cuando la chica atravesaba la sala destartada hacia la salida. Por ella había intentado atracar en dos ocasiones la nómina de una oficina de patentes en Chamartín y de una factoría en Villaverde. Sólo era un buen chico que quería comprar un piso para casarse. Incluso había visto uno a su medida en Alcorcón. Noventa metros cuadrados, baños alicatados hasta el techo, armarios empotrados, cocina Forlady, terraza con vistas al rebaño de merinas en el descampado, sauce famélico en el jardincillo de la entrada, dos columpios y un parapeto de piteras en el terraplén: total, cinco millones; uno, a la entrega de llaves, y el resto, a convenir. Sólo

tenía una solución: coger una escopeta de cañones recortados y hacer un par de visitas.

Cuando estaba tumbado con la novia bajo los chopos en las afueras de Chinchón, los dos soñaban a un tiempo en este pequeño paraíso suburbano. Ella iría con el carrito de la compra al supermercado del otro bloque y él alquilaría un local en la zona para montar un taller de motocicletas y formarían una de esas parejas que toman un aperitivo de mejillones en el bar los domingos arrastrando un niño con gorro de lana en el cochecito. El dinero del atraco sería para salir adelante en la vida, y mientras eso llegaba, la chica sólo se dejaba acariciar un poco por el exterior allí en la chopera, le daba besos de novia antigua, pero le impedía el paso tenazmente si al galán se le iba la mano. Ella quería hacer el amor en un piso propio, con lámparas, ceniceros, televisor y flores de papel, porque la virginidad era el único bien parafernalia que la muchacha podía aportar al matrimonio. Fue un asunto de mala sombra. Un día de cobro, el tipo agarró la escopeta y del primer golpe escapó sin botín a duras penas, pero algunos testigos le echaron el ojo y en el segundo le trincaron de huida con la saca, y además, en la escueta refriega salió un policía accidentado, aunque levemente. Carecía de facultades, y allí acabó un sueño de clase media.

Sueños como éste hay algunos estampados en las paredes de este cuarto en la cárcel de Carabanchel. Por regla general allí se producen cada día unos combates crudos cuerpo a cuerpo sobre la

tabla de pino con el tiempo cronometrado por un celador. A veces, desde el pasillo, se oyen leñazos sordos que dan en la carne del otro, grititos ahogados o alguna fiera risotada, todo eso hasta que el funcionario mira el reloj y entiende que el último asalto ha terminado. Entonces toca la campana y arrea simplemente un par de puñetazos en la puerta del nido.

-Se acabó.

-Un momento.

-Que eso no es Hollywood.

-Ya vamos.

-La gente está esperando.

La manga ancha del celador

Hay que caerle bien. El celador encargado de este servicio de amor tiene cierta manga ancha para decidir si el preso puede estar una o tres horas allí dentro. Si uno desea realizar el crucero por esta bahía de ocho metros cuadrados debe acreditar buena conducta, tener un expediente limpio, llenar algunas formalidades con meses de antelación, escribir una instancia a la junta y demostrar que la visita esperada es la mujer legítima; pero si el preso ha sido bueno, alguien puede hacer la vista gorda. En ese caso, las novias, compañeras y queridas con dos trienios también cuelan, siempre que exhiban modales. Algunas señoras traen para la cita camisón rosa y colchoneta hinchable, adornan el cuarto con

un ramo de rosas y cuelgan de la pared objetos familiares: aquel retrato ovalado de los abuelos que el amante prisionero vio tantas veces en la alcoba de matrimonio. Durante una hora hay que recrear un mundo en ese sumidero de aire denso. Se agitan las caderas femeninas en una danza del vientre sobre el banco a salvo de las cucarachas, se hablan palabras cálidas contra el muro de cemento, se galopa brevemente con el piloto automático y la esposa maternal excita al marido con frases de mucho efecto.

-No hagas ruido, que se van a despertar los niños.

-¿Qué dices?

-Verónica duerme al lado.

-Estás loca. Fuera sólo hay un guardia.

-Cariño, no me entiendes. Anda, termina de una vez.

De una forma casi diabólica, las ardientes cartas de aquella chica llegaban a la cárcel con besos de carmín, y el recluso Julián Requejo Gómez ya no se metía ningún hierro. El funcionario mantenía la promesa en pie: Si seguía siendo un buen muchacho, un día no muy lejano podría estar a solas con su novia en el cuarto. Ese día había llegado. Tuvo que formalizar todos los requisitos, firmar volantes y esperar tres meses. Finalmente, un papel sellado por la junta del establecimiento, a modo de pasaje para embarcar, cayó en sus manos. El galán podía presentar ante el tribunal un cuerpo troceado por el amor. Varios costurones le cruzaban la tripa y en la garganta le brillaba una cicatriz de traqueotomía con una

tonalidad azul. Mientras se acercaba el momento de palpar sólidamente la esfumada silueta de aquella mujer, él cumplía con ahínco la penitencia diaria sonriendo. Barría la celda con la humildad de un fraile motilón, soldaba cañerías, se comía el rancho dejando la cuchara aparte, saludaba a los carceleros con un "buenos días nos dé Dios", asistía a misa y ponía paz en las reyertas de la galería. Luego, en el patio, se sentaba en un rincón para soñar. Veía pasar aviones y palomas torcaces por el cuadrilátero del cielo y pensaba en aquellas excursiones de domingo a Chinchón o al Jarama con ella. Aún sentía en la palma el suave volumen de unos senos bajo la blusa estampada y recordaba aquellos pelillos dorados como el vello del melocotón que la brisa hacía irisar en los muslos de la chica. Esa felicidad campestre se había ido al demonio por culpa de un maldito piso en Alcorcón. La chica se resistía a entregarse fuera del matrimonio y él tuvo que coger una escopeta para cazar unos millones.

La chica sentía miedo

El primer jueves de visita se lo dijo en el locutorio. Ella le traía el salchichón y las noticias de los amigos, iba a contarle la película de Paul Newman, y entonces a través del plástico arañado se lo soltó gritando de golpe.

-¡He conseguido el permiso!

-¿Para qué?

-El sábado podré estar contigo una hora.

-¿Dónde?

-Aquí dentro. En un cuarto. Los dos solos. Hay una tabla.

-¿Y qué vamos a hacer?

-No seas bruta.

La chica había excitado la memoria de su amante encarcelado durante años con unas cartas ardientes. Y ahora dudaba. Simplemente sentía miedo. Podría creerse que su escrúpulo era demasiado cruel, pero la chica tenía motivos para recelar de esos guardianes de mirada lasciva, de unas rejas oxidadas, de un ambiente miserable con aspecto de basurero e incluso de la pasión de aquel hombre que en un instante de furia amorosa tanto tiempo reprimida sería capaz de estrangularla en un zarpazo. Ella todavía pensaba para su amor en un piso de lámparas rosas, en una almohada con iniciales conyugales bordadas por sí misma; pero el recluso Julián Requejo luchó a muerte por el derecho a comunicación que le establece la Constitución democrática, lloró, suplicó de rodillas, se mordió los puños, tampoco se introdujo esta vez ningún hierro por la boca, y después de unas semanas de zozobra la novia transigió, y aquella tarde de sábado cruzó la reja como una gacela asustada.

Previamente él se había ofrecido voluntario para limpiar el nido. Con una fregona y un cubo de agua con zotal frotó el suelo, las paredes y la tabla de pino. Pasó un trapo por la bombilla y puso una

mata de geranio en la cabecera del banco. Compró refrescos de naranja del economato y extendió una sábana sobre la madera de la operación. Ahora el hedor a besugo podrido se había mezclado con una veta de desinfectante mortal.

Llegado el momento, un funcionario hizo pasar a la doncella hacia una zona social donde la esperaba el galán de las cicatrices. Allí la cogió de la mano, ambos penetraron en el cuarto y el guardián quedó en el pasillo cronometrando la hora. No tenían nada que decirse. La novia se sentó temblando como un pájaro en el filo de la tabla y, primero, se bajó el borde de falda con dos tironcillos nerviosos sonriendo con la cara fija en la pared. Él la pellizcó suavemente un brazo. Y murmuró:

-Por favor.

-¿Qué vas a hacer?

-Querías un piso. ¿Te acuerdas?

-Sí.

-Esto es un piso.

Entonces la chica comenzó a acariciarle el pecho por dentro de la camisa y con la yema de los dedos recorrió los dientes de sierra de unos costurones mal cosidos que su amante tenía repartidos por el tronco. Después de un suave forcejeo ella abandonó el cuerpo y entonces él acudió en una galopada de caballo a tomar posesión de su heredad. Fuera, un celador leía un

periódico, a veces miraba el reloj y ponía la oreja en la puerta del nido. Y no lograba oír nada.

La noche de los feos

Mario Benedetti

1.

Ambos somos feos. Ni siquiera vulgarmente feos. Ella tiene un pómulos hundido. Desde los ocho años, cuando le hicieron la operación. Mi asquerosa marca junto a la boca viene de una quemadura feroz, ocurrida a comienzos de mi adolescencia.

Tampoco puede decirse que tengamos ojos tiernos, esa suerte de faros de justificación por los que a veces los horribles consiguen arrimarse a la belleza. No, de ningún modo. Tanto los de ella como los míos son ojos de resentimiento, que sólo reflejan la poca o ninguna resignación con que enfrentamos nuestro infortunio. Quizá eso nos haya unido. Tal vez *unido* no sea la palabra más apropiada. Me refiero al odio implacable que cada uno de nosotros siente por su propio rostro.

Nos conocimos a la entrada del cine, haciendo cola para ver en la pantalla a dos hermosos cualesquiera. Allí fue donde por primera

vez nos examinamos sin simpatía pero con oscura solidaridad; allí fue donde registramos, ya desde la primera ojeada, nuestras respectivas soledades. En la cola todos estaban de a dos, pero además eran auténticas parejas: esposos, novios, amantes, abuelitos, vaya uno a saber. Todos —de la mano o del brazo— tenían a alguien. Sólo ella y yo teníamos las manos sueltas y crispadas.

Nos miramos las respectivas fealdades con detenimiento, con insolencia, sin curiosidad. Recorrí la hendidura de su pómulo con la garantía de desparpajo que me otorgaba mi mejilla encogida. Ella no se sonrojó. Me gustó que fuera dura, que devolviera mi inspección con una ojeada minuciosa a la zona lisa, brillante, sin barba, de mi vieja quemadura.

Por fin entramos. Nos sentamos en filas distintas, pero contiguas. Ella no podía mirarme, pero yo, aun en la penumbra, podía distinguir su nuca de pelos rubios, su oreja fresca bien formada. Era la oreja de su lado normal.

Durante una hora y cuarenta minutos admiramos las respectivas bellezas del rudo héroe y la suave heroína. Por lo menos yo he sido

siempre capaz de admirar lo lindo. Mi animadversión la reservo para mi rostro y a veces para Dios. También para el rostro de otros feos, de otros espantajos. Quizá debería sentir piedad, pero no puedo. La verdad es que son algo así como espejos. A veces me pregunto qué suerte habría corrido el mito si Narciso hubiera tenido un pómulo hundido, o el ácido le hubiera quemado la mejilla, o le faltara media nariz, o tuviera una costura en la frente.

La esperé a la salida. Caminé unos metros junto a ella, y luego le hablé. Cuando se detuvo y me miró, tuve la impresión de que vacilaba. La invité a que charláramos un rato en un café o una confitería. De pronto aceptó.

La confitería estaba llena, pero en ese momento se desocupó una mesa. A medida que pasábamos entre la gente, quedaban a nuestras espaldas las señas, los gestos de asombro. Mis antenas están particularmente adiestradas para captar esa curiosidad enfermiza, ese inconsciente sadismo de los que tienen un rostro corriente,

milagrosamente simétrico. Pero esta vez ni siquiera era necesaria mi adiestrada intuición, ya que mis oídos alcanzaban para registrar murmullos, tosecitas, falsas carrasperas. Un rostro horrible y aislado tiene evidentemente su interés; pero dos fealdades juntas constituyen en sí mismas un espectáculo mayor, poco menos que coordinado; algo que se debe mirar en compañía, junto a uno (o una) de esos bien parecidos con quienes merece compartirse el mundo.

Nos sentamos, pedimos dos helados, y ella tuvo coraje (eso también me gustó) para sacar del bolso su espejito y arreglarse el pelo. Su lindo pelo.

“¿Qué está pasando?”, pregunté. Ella guardó el espejo y sonrió. El pozo de la mejilla cambió de forma.

“Un lugar común”, dijo. “Tal para cual”.

Hablamos largamente. A la hora y media hubo que pedir dos cafés para justificar la prolongada permanencia. De

pronto me di cuenta de que tanto ella como yo estábamos hablando con una franqueza tan hiriente que amenazaba traspasar la sinceridad y convertirse en un casi equivalente de la hipocresía. Decidí tirarme a fondo.

“Usted se siente excluida del mundo, ¿verdad?”

“Sí”, dijo, todavía mirándome.

“Usted admira a los hermosos, a los normales. Usted quisiera tener un rostro tan equilibrado como esa muchachita que está a su derecha, a pesar de que usted es inteligente, y ella, a juzgar por su risa, irremisiblemente estúpida.”

“Sí.”

Por primera vez no pudo sostener mi mirada.

“Yo también quisiera eso. Pero hay una posibilidad, ¿sabe?, de que usted y yo lleguemos a algo.”

“¿Algo como qué?”

“Como querernos, caramba. O simplemente congeniar.

Llámele como quiera, pero hay una posibilidad.”

Ella frunció el ceño. No quería concebir esperanzas.

“Prométame no tomarme como un chiflado.”

“Prometo.”

“La posibilidad es meternos en la noche. En la noche íntegra. En lo oscuro total. ¿Me entiende?”

“No.”

“¡Tiene que entenderme! Lo oscuro total. Donde usted no me vea, donde yo no la vea. Su cuerpo es lindo, ¿no lo sabía?”

Se sonrojó, y la hendidura de la mejilla se volvió súbitamente escarlata.

“Vivo solo, en un apartamento, y queda cerca.”

Levantó la cabeza y ahora sí me miró preguntándome, averiguando sobre mí, tratando desesperadamente de llegar

a un diagnóstico.

“Vamos”, dijo.

2.

No sólo apagué la luz sino que además corrí la doble cortina. A mi lado ella respiraba. Y no era una respiración afanosa. No quiso que la ayudara a desvestirse.

Yo no veía nada, nada. Pero igual pude darme cuenta de que ahora estaba inmóvil, a la espera. Estiré cautelosamente una mano, hasta hallar su pecho. Mi tacto me transmitió una versión estimulante, poderosa. Así vi su vientre, su sexo. Sus manos también me vieron.

En ese instante comprendí que debía arrancarme (y arrancarla) de aquella mentira que yo mismo había fabricado. O intentado fabricar. Fue como un relámpago. No éramos

eso. No éramos eso.

Tuve que recurrir a todas mis reservas de coraje, pero lo hice. Mi mano ascendió lentamente hasta su rostro, encontró el surco de horror, y empezó una lenta, convincente y convencida caricia. En realidad mis dedos (al principio un poco temblorosos, luego progresivamente serenos) pasaron muchas veces sobre sus lágrimas.

Entonces, cuando yo menos lo esperaba, su mano también llegó a mi cara, y pasó y repasó el costurón y el pellejo liso, esa isla sin barba de mi marca siniestra.

Lloramos hasta el alba. Desgraciados, felices. Luego me levanté y descorrí la cortina doble.

¿Es grave, doctor?

Juan José Millás

De joven, compartí piso con una chica que lo primero que me dijo fue que le reventaba fregar los cacharros, de manera que me tocó a mí. Al principio me parecía un engorro, creo que porque

me empeñaba en terminar en seguida, pero luego le cogí gusto y limpiaba en una hora el mismo número de platos que cualquier persona normal habría liquidado en media. Lo que me gustaba de aquella actividad era que me ponía intelectualmente en marcha. A los diez minutos de estar sacándole brillo a una cacerola de aluminio, las neuronas trababan amistad entre sí y resolvía problemas que en la mesa de trabajo me habrían llevado días. Fregar me ayudaba a entrar en un raro estado de concentración del que obtenía beneficios increíbles. Sin embargo, a mi compañera le sentaba fatal verme disfrutar de ese modo y comenzó a pensar que compartía piso con un depravado.

— ¿Pero tú por qué no protestas cuando te toca fregar?

—Porque me gusta.

—No gastes bromas. Cómo te va a gustar.

—Es cierto. El correr del agua y el ver cómo se marcha la porquería de las sartenes por el sumidero me hunde en una especie de éxtasis que me ayuda a reflexionar sobre la existencia.

Al principio pensó que le tomaba el pelo, y luego que era un perverso. Cuando teníamos invitados y me veía levantarme después de comer para recoger la cocina, la oía murmurar cosas sobre mí. Una vez llevó a su madre, quien tras observarme de arriba abajo me preguntó si era yo ese al que le gustaba fregar.

—Soy uno de ellos —respondí sintiéndome miembro de una secta secreta de fregadores repartidos por el mundo.

Al día siguiente la chica abandonó el piso sin despedirse y tuve que poner un anuncio en los tablones de la Facultad, pues no podía hacer frente yo solo al alquiler. Siempre he preferido vivir con mujeres que con hombres, por lo que solicité una compañera. Vino una estudiante de medicina que lo que no podía soportar de ningún

modo era tender la ropa. Yo nunca me había ocupado de eso, pero a las pocas semanas empezó a gustarme y estaba deseando encontrar algo mojado para colgarlo de las cuerdas. Bien es cierto que teníamos un patio interior muy sugerente, y que a mí me apasionaba imaginar las vidas que discurrían al otro lado de las ventanas que se veían desde la nuestra. Al poco, me pasaba la vida tendiendo y mi compañera empezó a sospechar que había ido a caer con un mirón o un psicópata, así que se fue y tuve que poner otro anuncio gracias al que aprendí a cocinar, y así de forma sucesiva.

Evidentemente, tengo una rara capacidad para que acabe gustándome lo que he de hacer por obligación. Ello me ha creado fama de bicho raro entre mis conocidos. También eso me encanta, y lo cultivo, lo mismo que tender la ropa o fregar cacharros. ¿Es grave, doctor?